



La indeleble marca de la experiencia lectora en la infancia. La lectura y el derecho a la felicidad en la narrativa crítica de Graciela Cabal

Laura Rafaela García (INVELEC-UNT-CONICET)

Haciendo pie en la infancia –esa patria secreta que todos compartimos- me complace hurgar en busca de otras vidas, y de las mujeres que son mis raíces

En “El proceso creador”

Resultado: Ninguno de mis hijos salió lector adicto, como yo. Pero eso quizá también se deba a que ellos fueron tres, tuvieron perro, gato, televisión, vacaciones, lindas navidades y cosas así. Y yo fui hija única, no tuve perro ni gato ni televisión y usé los libros, muchas veces, como tablas de salvación

En “Los primeros acercamientos a los libros”

I.

Los epígrafes que acompañan este texto resaltan la importancia que la lectura tuvo durante la infancia de Graciela Beatriz Cabal (1939-2004), además de destacar la figura de la mujer como una influencia determinante y el valor de los libros como parte de una forma de vida. El lugar privilegiado que Cabal otorga a sus lecturas de infancia me llevó a revisar el ensayo *Sobre la lectura* (1905) de Marcel Proust, una memoria o narrativa personal en sintonía con el modo en que Cabal experimenta sus encuentros con la literatura. El texto de Proust empieza así: “No hay quizás días de nuestra infancia que no hayamos vivido tan plenamente como aquellos que pasamos con uno de nuestros libros preferidos” (9). Ambos autores apelan a las anécdotas y los recuerdos del pasado para reconstruir el significado de los imborrables momentos de lectura durante la infancia. Recuerdos magnificados por el paso del tiempo que impregnan esta etapa de un clima particular y al rescatar el estado de felicidad promueven la posibilidad de transmitir esa experiencia.

Dentro de la poética de la autora nos detendremos particularmente en dos textos que reúnen una serie de ensayos expuestos en jornadas y congresos enmarcados en dos momentos históricos distintos, que es posible indagar con mayor detalle en el diálogo con los personajes y textos ficcionales de la autora. Una de las particularidades de la literatura argentina para niños que emerge en los años posteriores a la recuperación de la democracia está relacionada

con una forma de la literatura que participa¹ de la infancia a través de una comprometida práctica con la formación de lectores y los derechos culturales del niño.

Al establecer las relaciones entre la violencia política de la última dictadura militar en nuestro país y los movimientos del campo de la literatura infanto-juvenil argentina distinguimos ciertos momentos junto con el dominio de diferentes aspectos que caracterizan en adelante a esta zona literaria. Por una parte, entre los años sesenta y los setenta cuando la violencia avanza de manera creciente y adquiere las más atroces manifestaciones durante la última dictadura militar, la literatura infanto-juvenil se propone renovar los protocolos de la ficción por medio del humor y los juegos del lenguaje para interpelar la imaginación del niño en tanto lector.

Por otra parte, una vez finalizada la dictadura el campo se reorganiza y emerge una nueva forma de pensar y sentir (Williams, 1980) la literatura para niños que continúa y agudiza la propuesta estética de las décadas anteriores provocando la remarca del sentido de “lo infantil” al menos en la literatura (García, 2014). La emergencia de esta tendencia avanza hacia direcciones originales incorporando nuevos géneros como la novela corta e incluyendo temas pocas veces abordados con niños hasta ese momento, que dan lugar a otras propuestas estéticas. La importancia de este cambio y la percepción del movimiento se resumen en estas palabras de Graciela Montes, cuando reflexiona: “Teníamos ilusiones de literatura y no de escuela. Hacíamos entrar en el imaginario otro tipo de historias... Esa escritura que se había ido gestando a fines de la década del '70 y comienzos de la del '80, es decir en una situación de gran violencia externa, hizo su eclosión editorial a partir de 1983, año en que volvió la democracia. Fue entonces cuando el fenómeno se hizo visible” (2005: 68-69).

II.

Para analizar los desplazamientos del campo desde los años setenta hasta los noventa en otro trabajo expuesto en estas jornadas² se organizaron dos grupos de narrativas críticas de la

1 Nos interesa resaltar el sentido del verbo *participar* a partir de la reflexión sobre este término en el marco de los estudios literarios que abordan la obra de Jacques Derrida. Este se diferencia de *pertenecer* a partir de la metáfora tomada de la teoría de conjuntos (Gerbaudo, 2007: 317). La pertenencia indica formar parte de algo o ser propio de uno, mientras que participar implica compartir junto con otros o entrar con otros en un asunto. Ponemos el acento en este último sentido ya que consideramos que este modo emergente de intervenir en la infancia desde la literatura interroga las formas de dirigirse al niño y, particularmente, de acercarlo a la experiencia del mundo desde la transgresión del orden establecido como así también desde el otro lado del mundo o la invitación a formar parte de otra realidad. Consideramos que en ese punto radica el aporte de la literatura y su posibilidad de contribuir o acompañar el proceso del niño como sujeto lector ampliando las representaciones del imaginario social.

2 Me refiero a la ponencia titulada *El posicionamiento crítico en la literatura argentina para niños (1970-1990)*. Disponible en <http://jornadasplan.fahce.unlp.edu.ar/v-jornadas-2013/ponencias/a19.pdf>

literatura infantil argentina, que fueron publicadas a principios de los noventa y recogen los textos de autoras como María Elena Walsh y Laura Devetach expuestos en seminarios, jornadas y publicados en revistas o diarios desde los sesenta en adelante. Estos trabajos de memoria (Jelin, 2002) -los consideramos así por la recuperación de una parte de los planteos del pasado que nos permiten reconstruir los distintos momentos de esta zona cultural- reúnen las principales discusiones constitutivas del campo y con cierta vigencia en la actualidad. Por un lado, se presentan las narrativas críticas iniciales entre las que se encuentran *Oficio de Palabrera. Literatura para chicos y vida cotidiana* [1991] de Laura Devetach, *Veinte años no es nada. La literatura y la cultura para niños vista desde el periodismo* [1995] de Susana Itzcovich y *Desventuras en el país-jardín-de-infantes. Crónicas 1947-1995* [1995] de María Elena Walsh³. Estos textos planteaban la necesidad de romper con la intención didáctica y moralizante de la literatura para niños y renovar los protocolos de ficción hacia la arbitrariedad de la literatura, como así también la necesidad de diferenciarse de otras disciplinas interesadas en la infancia –como la pedagogía y la pediatría- por su trabajo con la imaginación del niño.

Por otro lado, el segundo grupo de narrativas críticas posteriores a la dictadura da cuenta de la reorganización del campo y la emergencia de una tendencia o una forma de sentir y pensar la literatura a fines de los ochenta y principios de los noventa, que contribuye a ampliar el espesor (Rama, 1985) del campo a partir de la ruptura con una serie de pautas que condicionaban y reducían lo infantil a lo ingenuo o inocente. Entre las narrativas incluidas en este segundo grupo se encuentran la colección de Libros del Quirquincho -dirigida por Díaz Rönner- que incluye *Cara y cruz de la literatura infantil* ([1988]) de la misma, *La trama de los textos. Problemas de la enseñanza de la literatura* ([1989] 2005) de Gustavo Bombini, *La frontera indómita. En torno a la construcción y defensa del espacio poético* de Graciela Montes ([1990] 2001) y *Mujercitas ¿eran las de antes? (El sexismo en los libros para chicos)* ([1992]) de Graciela Cabal. Como parte de los planteos de este segundo grupo de narrativas me interesa detenerme en esta oportunidad en el último texto mencionado de Cabal y establecer algunas relaciones con un texto publicado nueve años después por la misma autora, *La emoción más antigua. Lecturas, escrituras, el encuentro con los libros* (2001).

En estos ensayos advertimos el acto político que se hace presente al denunciar públicamente por medio de una escritura paródica y crítica dos auténticas polémicas que atraviesan al campo infantil. En primer lugar, Cabal construye su lugar autoral a partir de la marca

³ Aclaremos que las fechas citadas entre corchetes indican la fecha de publicación y las que están entre paréntesis hacen referencia al año de la edición consultada.

femenina y dedica buena parte de su crítica a mostrar la necesidad de liberar a la mujer de los mandatos tradicionales que la condicionan intelectualmente a la voluntad del otro tanto en la sociedad como en la literatura.

En segundo lugar, casi una década más tarde Cabal -posicionada del lado de la infancia- la asume como su lugar natural para escribir (2001:18). En consecuencia, en sus planteos no sólo escribe desde su compromiso con la infancia a la que representa con sus pensamientos y acciones en la ficción sino también desde su interés por demostrar que “el derecho de los chicos a leer: no sólo a decodificar, no sólo a comprender, no sólo a juzgar, no sólo a elegir lo que leen, sino el derecho de los chicos a querer leer, a tener ganas, necesidad, urgencia de leer” (2001: 136) es parte de la experiencia que le interesa transmitir y lo hace como una modulación de su práctica intelectual. Práctica militante que lleva a cabo con mayor intensidad en los últimos años de su vida y da cuenta de su forma de participar en la relación entre literatura e infancia.

Esta última hipótesis se suma a la tesis central de mi investigación⁴ que sostiene que la violencia como tema histórico de la literatura se vuelve política en la literatura infanto-juvenil de los años sesenta y setenta, principalmente a partir de las manifestaciones vanguardistas de María Elena Walsh y Laura Devetach, como del realismo social presente en Elsa Bornemann. Podríamos continuar esta afirmación agregando que entre las diversas formas políticas asumidas por la literatura para niños en democracia hacia fines de los ochenta y principios de los noventa la nueva tendencia de los autores -entre los que se encuentra Graciela Cabal- entienden la lectura como una práctica emancipadora del sujeto y participan de la infancia promoviendo la lectura y la formación de lectores con actitud militante. En esta dirección, la aparición de *Mujercitas ¿eran las de antes?* a principio de los noventa y *La emoción más antigua* en los dos mil, representan gestos de ruptura y renovación del paradigma dentro del campo infantil.

Si bien el planteo de Cabal es tardío respecto a los debates femeninos, es la primera en introducir el tema de la imagen tradicional de la mujer en los cuentos y también, de ocuparse en primera persona del rol asignado a la escritura para niños de las mujeres a fines de los años ochenta. El posicionamiento de Cabal permite reconocer un cambio de paradigma del campo infantil que va de las “locas ganas de imaginar” a contrapelo de la violencia política de los

⁴ Este trabajo continua la investigación de mi tesis doctoral “Narrativas de la violencia política en la literatura infantil argentina. Los trabajos de la memoria para contar la dictadura (1990-1970)”, dirigida por la Dra. Rossana Nofal (INVELEC-UNT-CONICET), realizada desde 2009 hasta 2014 en el marco de las becas de postgrado otorgadas por el CONICET. Actualmente, la profundización de mis estudios sobre literatura argentina para niños es posible por la beca postdoctoral recientemente asignada.

años setenta -encuentra su momento de plena ebullición a fines de los ochenta y principios de los noventa- para avanzar hacia un nuevo desplazamiento del lugar de autor que se compromete con el derecho del niño a imaginar en términos de militancia. Como autora interviene y discute sobre las políticas sociales y culturales o la ausencia de las mismas a fines de los noventa con el propósito de contribuir a la formación de lectores desde la infancia.

III.

Revisemos algunos puntos centrales de cada texto para comprender el recorrido de Cabal y su militancia por la lectura como una de las modulaciones de la felicidad que se puede proporcionar en la infancia. En *Mujercitas ¿eran las de antes?* los textos⁵ dejan explicitan el posicionamiento crítico de Cabal desde títulos como “Las chicas buenas van al cielo” (1988) y “...Y las chicas malas van a todas partes”. El punto de vista asumido en la mayoría de los textos es la voz de una niña que mira lo que pasa a su alrededor y se hace algunas preguntas, en las que expone las contradicciones entre el mundo y la relación con las mujeres. Además, es importante destacar que los textos son expuestos en espacios de jornadas y, en consecuencia, tienen como principales destinatarias a las docentes. La operación crítica que se construye en la mirada de una niña, que representa la mirada de la infancia, moviliza la reflexión sobre la experiencia propia como alumna y como docente de quienes la escuchan.

El primer texto “Poema pedagógico” es leído en el Segundo Congreso Internacional de Literatura Infanto-Juvenil, organizado en octubre de 1989 por la Universidad Nacional de Tucumán. Este se presenta como un recorrido autobiográfico por una galería de los prototipos de maestras y de mujer, además se exponen críticamente las prácticas de enseñanza de la lengua y la literatura en la trayectoria escolar de la autora. Sin embargo, los relatos están empañados por cierta nostalgia en los vínculos y los momentos de la infancia que quedaron grabados en su memoria, al mismo tiempo que en el contraste se pone de relieve ciertos aspectos polémicos que le interesa resaltar: “Como acostumbraba hacer cada vez que se le presentaba la oportunidad, la señorita Catalina reunió a todas las niñas del grado y nos dio una charla inolvidable, haciéndonos entender, de una vez y para siempre, que, en una mujer –una mujer como Dios manda, se entiende-, la ambición de poder (que eso al fin y al cabo

5 El ensayo presenta dos partes y es importante rescatar los títulos y las fechas de publicación de las exposiciones reunidas: *La imagen de la mujer* I.Poema pedagógico (1989), II.Las chicas buenas van al cielo (1988), III....Y las chicas malas van a todas partes. *Variaciones sobre el mismo tema*: Esclavas (1990), Medios y libros para chicos (1988), *Mujercitas* (1991), *Un salto al vacío* (1989).

simbolizaba la desdichada corona) era una cosa deleznable. Y que la única, legítima ambición de una verdadera mujer debía ser la de servir, servir, servir...” (1992: 28).

Cabal denuncia los miedos transmitidos como parte de un discurso escolar basado en el control desde la mirada adulta, el rigor de las enseñanzas morales y el mandato de las mujeres como futuras esposas, madres y amas de casa. La operación crítica consiste en focalizar en un aspecto particular de cada maestra desde la mirada del niño: la señorita Porota controla a las niñas a través de la presencia “imperceptible” del ángel de la guarda, la señorita Lupe amaba los cuentos de hadas donde las protagonistas tienen trágicos destinos, la señorita Enriqueta se preocupaba porque las niñas estuvieran preparadas para ser futuras esposas y madres de la patria, la señorita Alcira era adepta a los relatos edificantes como las máximas o refranes que dejaban algún tipo de enseñanza, la señorita Herminia, amante de la declamación, se obstinaba en hacer recitar poesías con perfecta pronunciación a los docentes. A partir de este recorrido irónico se muestra críticamente una práctica escolar que forma al sujeto desde sus temores o logra “sobrevivir” e impone a la mujer una fuerte presión social desde la infancia.

El otro texto que deja ver el posicionamiento de Cabal a fines de los ochenta es “Un salto al vacío”, presentado en las Primeras Jornadas sobre Mujer y Escritura realizadas por la revista *Puro Cuento* en 1989. En este caso, Cabal interpela la mirada social que relega a la mujer a los espacios íntimos de la vida familiar y hace visible por medio del humor sus posibilidades, en la búsqueda de cierto movimiento que libere a la mujer de esa autocompasión pasiva que la somete a la autoridad masculina y a los mandatos sociales.

Finalmente, la autora reacciona en contra de la escritura para niños concebida como un espacio reservado sólo para “una verdadera señora de su casa, una mujer privada” (Cabal, 1992:70). Continúa el planteo y pregunta: “¿Existen géneros literarios convenientes, bien vistos, apropiados para que una mujer escritora transite por ellos? La literatura infantil ¿es cosa de mujeres?” (71). Cabal cuestiona ese mandato ancestral que le asigna a la mujer el lugar de la palabra privada y avanza más allá para plantear que la literatura infantil no tiene por qué reducirse al ámbito de lo doméstico, de lo seguro, de lo inmutable, de lo que no tiene aristas y tampoco la mujer en su faceta de escritora puede ser condenada a ese territorio sin riesgos. Por el contrario, la autora asume que el trabajo con las palabras y la literatura en sí es una práctica hacia lo desconocido, que implica un desvío de la norma: “Pero volvamos a la literatura argentina para niños, cosa de mujeres. ¿Cosa de mujeres? ¿Como los chupetes anatómicos, las cacerolas engrasadas y el crochet? ¿Es posible que la misma fatalidad sexual que nos condena a ser las mejores en eso de raquetear pisos, desodorizar inodoros, freír milanesas y, por qué no, destapar cañerías, nos vuelva especialmente aptas para la literatura

infantil? Siguiendo esta línea de pensamiento, nada tiene de extraño que, a quienes escribimos para chicos –mujeres o varones-, se nos ubique lejos de las escritoras y los escritores y cerca de las madres y las maestras. Madres y maestras –segundas madres- que trabajan por amor. Y trabajar por amor –ya se sabe- es casi como no trabajar... Escribir para chicos ¿es casi como no escribir?” (1992: 73).

El tono agudo de las críticas revela la vigencia del modelo en algunos espacios a fines de los ochenta, expone las limitaciones de ciertos docentes para aportar a la subjetividad del sujeto lector y también, marca las dificultades aún presentes para reposicionar el campo infantil dentro del sistema cultural y distanciarlo de la intención didáctica.

IV.

Anteriormente, afirmamos que uno de los principales desplazamientos en los años posteriores a la dictadura se produce en relación con el compromiso que un grupo de autores asumen con la lectura y la formación de lectores como una práctica emancipadora desde la infancia, como una posibilidad de romper la histórica desigualdad entre niños y adultos que atraviesa el campo en las primeras situaciones de lectura mediada. Cabal forma parte de lo que Díaz Rönner denomina “la banda de los cronopios” (2011:162) como aquel grupo de herederos de María Elena Walsh que “se habituaron a tajar la mirada arquetípica en los relatos para chicos y a otorgar a las palabras un poder de ordinario encantamiento” (163). Se trata de un grupo de escritores que son también los lectores del boom de la literatura latinoamericana, entre los que se incluye a Laura Devetach, Elsa Bornemann, Graciela Cabal, Graciela Montes, Gustavo Roldán, Silvia Schujer, Ema Wolf, Ricardo Mariño, Adela Basch, María Cristina Ramos y Oche Califa. Díaz Rönner los caracteriza así: “conforman un elenco de escritores que, en verdad, se preocupan más por la escritura que por los “mensajes” que pueden lanzar a los chicos. En un ejercicio intertextual permanente, las obras de casi todos ellos se hacen guiños con obras universalmente conocidas y parodian en sus escritos con irreverencia e ingenio todo lo parodiable” (164).

Por eso, consideramos que es muy importante la trayectoria de estos autores en tanto lectores, en *Mujercitas ¿eran las de antes?* Cabal reflexiona permanentemente sobre sus propias preguntas a los textos leídos en la infancia y a los sentimientos de las protagonistas. En esta dirección, Cabal profundiza en el análisis sobre su adicción a la lectura en *La emoción más antigua* y la influencia de su entorno: “La verdad es que de hadas, de ángeles, de valijas, siempre estuve bien informada. No sólo gracias a lo que aprendí en los libros de cuentos sino gracias a las enseñanzas de mi mamá, mi papá, mi abuela y mi Señorita Porota. De lo que

nunca me querían contar nada era de las brujas...Afortunadamente pude por fin acceder al mundo de las brujas, gracias a un libro maravilloso que me regaló un tío loco” (26-27).

Por otra parte, su actividad intelectual da cuenta de su compromiso con la lectura y la infancia. Esto se puede ver a lo largo de su vida, cuando al principio se desempeña como secretaria de redacción de varias colecciones en el Centro Editor de América Latina junto con Boris Spivacow, formando parte de proyectos editoriales con sentido social que llevaron los libros a los kioscos para que llegaran a los sectores populares. También, se destaca su coordinación en los talleres de la Dirección Nacional del Libro y su rol como presidenta de la Asociación de Literatura Infantil y Juvenil Argentina (ALIJA) entre 1993 y 1995, gestión en la que recorrió el país trabajando con maestros y bibliotecarios en la difusión de la lectura entre niños y jóvenes. Es relevante también, su participación en los primeros congresos sobre narración oral y su intervención como cofundadora y codirectora entre 1996 y 1998 de la revista *La Mancha, papeles de literatura infantil y juvenil* junto con Graciela Montes, Laura Devetach, Gustavo Roldán, Silvia Schujer, Ema Wolf, entre otros.

Por último, nos interesa resaltar que así como el tema de la mujer atraviesa la escritura de Cabal, otro tema con el que se compromete del mismo modo es la relación entre la escuela y la literatura. Al respecto en “Mediadores y difusores”, Cabal afirma: “Los libros infantiles se legitimarían al entrar en los listados, es decir al incorporarse al circuito escolar. Y esto tiene que ver con el peligro de la escolarización de la literatura. El peligro de que sea usada para. (Para buscar sustantivos, como quería la Catalina, para sacar mensajes y moralejas, para ejercitar la ortografía, para hacer resúmenes, para motivar, para, para...). De eso sabemos mucho los escritores que visitamos escuelas. “Estuvimos trabajando su cuento”, me dicen a veces los chicos. Y a mí me corre un frío por la espalda, como cuando me enojo. “Éstos no me leen más”, es lo primero que se me pasa por la cabeza. Porque yo no quiero que trabajen mis libros. Quiero que los lean y los disfruten y pidan otro. Y punto” (2001: 77).

El planteo de Cabal sobre la relación entre escuela y literatura es mucho más profundo de lo que podemos concluir en la última parte de este trabajo, pero queda claro que propone considerar a la literatura como una práctica posible de compartir entre lectores (tanto mediador-adulto como lector-niño o joven), que apuesta a la frecuencia de la práctica de lectura que en algunos lectores da lugar a una transformación incesante, transgresora, sin verdades absolutas, que promueve la democratización de los libros para todos los chicos, en especial, para los sectores con mayores carencias materiales.

El último texto de *La emoción más antigua* se titula “El derecho a ser feliz” y se caracteriza por cuestionar las políticas sociales y la ausencia del Estado a principios de los años dos mil.

Un Estado incapaz de dar respuesta a una serie de derechos de los niños, que Cabal expresa en estos términos: “Los chicos necesitan buena comida, para crecer fuertes, altos y avispados... Los chicos necesitan ir a la escuela. Pero no a comer: a aprender. Y que la escuela sea gratis, linda, para todos. Y la mejor. Y con maestros que puedan disfrutar sin angustias económicas del trabajo que han elegido. Los chicos necesitan libros. Y acá me detengo: porque frente a la falta de techo, de comida, de agua potable, no faltará alguno que considere los libros como algo de lo que se puede prescindir. Pero los que estamos aquí sabemos que no se trata de optar entre dar de comer o dar de leer. Las dos son necesidades básicas. Y si son necesidades básicas son derechos” (136-137).

Para Cabal la lectura y el acceso a los libros es parte de un derecho a experimentar una forma cercana a la felicidad. Particularmente, entendemos que esa experiencia está dada por la posibilidad de la literatura de inventar sentidos que es donde radica la actividad imaginativa. Consideramos iluminadores los argumentos de Graciela Cabal para este momento de nuestras políticas culturales ya que nos permitiría revisar en profundidad el planteo de los derechos culturales que promueve la actual Ley 26.061 de Protección Integral de niñas, niños y adolescentes. Nos preguntamos a qué se refiere la ley cuando apunta a los derechos culturales de nuestras infancias. Desde la literatura es posible precisar el derecho a la imaginación como uno de los derechos culturales⁶ (Petit, 2006), que tiene su fundamento en la lectura literaria como práctica que favorece la construcción de sentidos que llevan a lo incierto, a la apertura a una incesante transformación en la subjetividad del sujeto. Transformación que Cabal experimenta en su infancia y a lo largo de su vida, que promueve desde su práctica intelectual como un legado que funda pertenencias y recrea tradiciones, que nos lleva a interrogarnos para entender, explicar o interpretar nuestro presente.

Bibliografía

- Cabal, G. (1992), *Mujercitas ¿eran las de antes? (El sexismo en los libros para chicos)*. Buenos Aires, Libros el Quirquincho.
- (2001), *La emoción más antigua. Lecturas, escrituras, el encuentro con los libros*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- Díaz Röner, M. A. (1988), *Cara y Cruz de la literatura*. Buenos Aires, Lugar.

⁶ En este punto un antecedente del tema son los estudios de Michèle Petit, en los cuales explicita el sentido de ese término de la siguiente manera: “Cada uno de nosotros tiene derechos culturales: el derecho al saber, pero también el derecho al imaginario, el derecho a apropiarse de los bienes culturales que contribuyen, en cada edad de la vida a la construcción o al descubrimiento de sí mismo, a la apertura hacia el otro, al ejercicio de la fantasía –sin la cual no hay pensamiento–, a la elaboración del espíritu crítico. Cada hombre y cada mujer tienen derecho a pertenecer a una sociedad, a un mundo, a través de lo que han producido quienes lo componen: textos, imágenes, donde escritores y artistas han tratado de transcribir lo más profundo de la experiencia humana” (2006, 23-24).

- (2011), *La aldea literaria de los niños. Problemas, ambigüedades, paradojas*. Córdoba, Comunic-arte.
- García, L. (2014), *Narrativas de la violencia política en la literatura infantil argentina. Los trabajos de la memoria para contar la violencia política (1990-1970)*. Tesis de doctorado no publicada. Universidad Nacional de Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras.
- Gerbaudo, A. (2007). *Derrida y la construcción de un nuevo canon crítico para las obras literarias*. Córdoba, Jorge Sarmiento Editor-Universitaslibros /Ed. FFyH (UNC).
- Imaginaria. Revista quincenal sobre literatura infantil y juvenil. (1999) *Graciela Beatriz Cabal*. Sección Autores. Nº 5. Disponible en <http://www.imaginaria.com.ar/00/5/cabal.htm>
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria, memorias de la represión*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Montes, G. y Machado, A.M. (2005) *Literatura infantil. Creación, censura y resistencia*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- Petit, M. (2006), *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Proust, M. (2004), *Sobre la lectura*. Buenos Aires, Libros del Zorzal.
- Rama, A. (1982). “El espesor de la literatura” en *Los gauchipolíticos rioplatenses*. (pp. 16-23). Buenos Aires: CEAL.
- Williams, R. (1980). *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península.